

**Franco “Bifo” Berardi (2017). *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*. Buenos Aires: Caja Negra. 358 páginas.**

Julieta Armella<sup>26</sup>

*Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva* es el título elegido para la versión en español del último libro de Franco Berardi, más conocido por su seudónimo “Bifo”. Escritor, filósofo y activista italiano. Nacido en Bolonia en 1949 participó activamente del movimiento de Mayo del ’68 y fue una figura importante para el autonomismo italiano. Lo fue, también, en diversas experiencias de radio y televisión comunitarias como la radio libre Radio Alice (1976) y la TV Orfeo (2002) que marcaron una singular relación entre movimientos sociales y tecnología comunicativa. Autor de distintos libros editados en varios idiomas –y que han tenido especial repercusión en Argentina- como *La fábrica de la infelicidad*, *Generación post-alfa*, *Félix* y *La sublevación*. Su influencia, aquí y en distintas partes del globo, posiblemente se deba a una visión punzante y novedosa en relación a un tema que se vuelve objeto no sólo de reflexión académica sino también de la propia vida: la relación entre la mutación tecnológica en curso y la subjetividad contemporánea. Así es como, de hecho, prologa su último libro, dedicado al análisis de las transformaciones que está experimentando la sensibilidad en la transición tecnológica actual. Y enseguida se pregunta ¿El fin de qué? Nada, en rigor, está llegando a su fin. Más bien, señala, se disuelve en el aire y sobrevive bajo una nueva forma, distinta: el proceso de devenir otro. Se trata de la disolución de la moderna concepción de humanidad, de la extinción del hombre y de la mujer humanistas. La mutación digital, observa, transforma el modo en que percibimos nuestro entorno y también la forma en que lo proyectamos. Afecta nuestra sensibilidad y sensibilidad, esto es, la comunicación entre los cuerpos. Y arriesga una hipótesis que irá desarrollando a lo largo del libro: estamos perdiendo cierta habilidad vinculada a la interpretación de aquellos signos que no pueden definirse con precisión en términos verbales. Es decir, la sensibilidad. Una capacidad para “detectar lo indetectable, para leer los signos invisibles y para sentir los signos de sufrimiento o de placer del otro” (p. 11).

Un libro que, anticipa al lector, habla de la piel, del sexo y de la visión. Un libro que, advierte, tal vez sea el menos político de los que ha escrito. Una curiosa advertencia si pensamos que su análisis se

---

<sup>26</sup> Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas (LICH) UNSAM/CONICET

centrará, precisamente, en el modo en que vivimos juntos, en la forma en que reconocemos a los otros, a sus cuerpos y aquello que les pasa. Tal vez este libro sea una insistente interrogación política que cambia el ángulo de la mirada. Una interrogación sobre lo que estamos siendo. Y es, en este sentido, un libro que difícilmente pueda leerse sin sentirse interpelado, afectado por sus reflexiones.

Podemos decir que el índice –y su desarrollo a lo largo de las páginas– propone un mapeo, una suerte de cartografía de la vida contemporánea y a la vez un gesto que no renuncia a encontrar una conjura. Lo que llamará, sobre el final, “posibles líneas de escape” (p. 320) y que contrapone a la idea de resistencia de la actual mutación en curso, tarea imposible según afirma. Dividido en tres partes “La sensibilidad”, “El cuerpo del *general intellect*” y “La subjetivación” invita, desde su introducción, a una reflexión en torno a la mutación antropológica en nuestro presente histórico que define como una transición de la infoesfera alfabética a la infoesfera digital<sup>27</sup> reflejada en un desplazamiento del modelo cognitivo de concatenación *conjuntiva* a uno de concatenación *conectiva*. Dicho de otro modo, si la *conjunción* es comprensión empática, la *conexión* se define como un entendimiento que no está basado en “una interpretación empática del sentido de los signos e intenciones que vienen del otro, sino, más bien, en la conformidad y adaptación a una estructura sintáctica” (p. 25). No hay, sin embargo, para el autor una oposición dialéctica entre ambas sino que es más bien una cuestión de gradientes y matices: siempre existe una sensibilidad conjuntiva en un cuerpo configurado en condiciones conectivas. Pero ¿qué significa *empatía*? Una pista: las neuronas espejo. Aquellas a las que Paolo Virno<sup>28</sup> dedica parte de su libro “Ambivalencia de la multitud” recuperando al biólogo Vittorio Gallese quien afirma que éstas son las que permiten a las personas comprenderse unas a otras dado que la comprensión antes que un acto intelectual es un fenómeno físico y afectivo. A ese entendimiento especular estos autores denominan empatía. Capacidad de interpretar signos provenientes de otro, extrapolar sus deseos y emociones y responder en consecuencia. Nuevamente, conjunción/conexión. De eso

---

<sup>27</sup> Por infoesfera entiende la esfera de los signos intencionales que rodean al organismo sensible y que en la actualidad se ha visto acelerada producto de la intensificación de las señales electrónicas. Ver también: Berardi, F. (2007). *Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semicapitalismo*. Buenos Aires, Argentina. Tinta Limón, donde analiza el pasaje de la generación alfabética a la generación post-alfabética.

<sup>28</sup> Virno, P. (2006). *Ambivalencia de la multitud. Entre la innovación y la negatividad*. Buenos Aires, Argentina. Tinta Limón.

se trata, según Berardi, la mutación en curso. Conexión como concatenación de cuerpos-máquinas que genera mensajes que sólo pueden ser descifrados por quien comparta el mismo código sintáctico en que el mensaje fue generado, interacción repetitiva y puntual de funciones algorítmicas. Conjunción, por su parte, como la manera de *volverse otro*, encuentro y fusión de cuerpos irregulares.

Tal como anticipa en las primeras líneas se trata de pensar las transformaciones vinculadas a la sensibilidad en la presente transición tecnológica entendiendo a aquella como la facultad que hace a un organismo procesar signos que no pueden ser verbalizados, como aquello que permite a las personas unirse. Sensibilidad como la facultad que decodifica la intensidad que a su vez significa escapar a la dimensión extensiva del lenguaje verbal. Sensibilidad, finalmente, como aquella capacidad para comprender lo tácito. La piel aquí es aquello que se interpone entre el propio cuerpo y el mundo que lo rodea y que actúa como un procesador sensitivo de la experiencia. A partir de allí el autor comienza un recorrido que se acerca a lo que denomina *piel global* que conecta al amor, el placer, el cuerpo y los sentidos a lo largo de la historia y en diversas culturas que declina en la modernidad cristiana en la simultánea represión del aspecto salvaje de lo sensorial –el tacto, el olfato y el placer sexual- y la regulación de los sentidos civilizados –la vista y el oído. La historia de la civilización occidental y en particular la historia del arte de la modernidad tardía puede verse a partir del *lento e irreversible alejamiento de la naturaleza* (recuerda las palabras de Kandinsky “mientras más aterrador se hace el mundo, más abstracto se hace el arte”, p. 94). Un proceso de abstracción creciente que en nuestro presente se niega al cuerpo y se lo transforma en objeto aséptico: el sexo devine pornografía y la felicidad un producto psicofarmacológico. La cibercultura, sostiene Bifo, ha reemplazado al cuerpo con lo limpio representado en la superficie lisa de la pantalla. La propagación de enfermedades infecciosas como la sífilis a fines del siglo XIX y la epidemia sexual del sida a fines del XX culminan en la frígida experiencia digital que escapa a la peligrosa ambigüedad de la sensualidad. Y emergen nuevas patologías asociadas a la experiencia de la generación conectiva: ataques de pánico y depresión son algunas de las manifestaciones más elocuentes. En la medida en que la imagen queda separada del tacto, el acto pornográfico es un acto de visión que no produce placer sinestésico y que reduce al otro a una proyección de la propia mente. “Demasiadas pocas palabras, demasiado poco tiempo para hablar, demasiado poco tiempo para sentir...” (p. 100). A riesgo de una causalidad determinista, el autor advierte un vínculo entre la conectividad y la proxémica social, la conectividad y la pérdida de la empatía y la solidaridad, la conectividad y la precarización del trabajo.

Formas de sentir, formas de producir (valor). El semiocapitalismo es definido por Berardi como aquello que configura la actual relación entre lenguaje y economía: la producción de cualquier bien –material o inmaterial- puede traducirse en una combinación y recombinación de información. La producción capitalista en su fase actual ha marginado la transformación física de la materia frente a la acumulación de capital a través de la recombinación de información y la abstracción financiera. El lenguaje es la principal fuente de acumulación: la digitalización transformó las cosas en signos y los objetos en mensajes. Así, el pasaje del moderno capitalismo al semicapitalismo está atravesado por el fin de la medida y el retorno al espíritu barroco.

La segunda parte del libro “El cuerpo del *general intellect*” se inicia con una sugerencia que pone al lector nuevamente en estado de alerta. Al mapear el panorama estético contemporáneo, advierte, se evidencia una imaginación profética oscura. Profecía no como una predicción abstracta del futuro sino como una inminencia: aquello que se advierte sutilmente en el presente en tanto posibilidad. “(...) una tendencia que podemos imaginar, sentir y percibir aunque no podamos verla claramente” (p. 159). En la fenomenología estética del presente sobrevuela una imaginación apocalíptica, un imaginario distópico. Sin embargo, observa, el acto poético puede ser también experimentación estética de un cambio que disipe el pesimismo y borre la profecía autocumplida de la depresión. Lenguaje y dinero tienen algo en común para el autor. No son nada y mueven todo: símbolos, convenciones que pueden hacer que la gente actúe, trabaje y transforme las cosas físicas. Advierte un nuevo nivel de abstracción: abstracción financiera. Si durante la modernidad industrial se produce y vende una mercancía –generando plusvalor- sea cual fuere, en la modernidad tardía el incremento del capital ya no requiere pasar por la producción de bienes útiles y materiales. Y allí el lector recuerda esa hipótesis acerca del lento pero irreversible proceso de alejamiento de la naturaleza. Así “el valor ya no emerge de una relación física entre el trabajo y las cosas, sino de la infinita autorreplicación de los intercambios virtuales de nada con nada, cuyo resultado es más dinero” (p. 179-180). Si en el primer caso la máquina era un objeto externo y visible en la escena urbana, en el siglo XXI la máquina se ha internalizado.

Si pensáramos a este libro musicalmente se podría encontrar una cadencia, una cierta regularidad en la que las ideas recorren tonos: suben y bajan, asfixian y encienden.

¿Puede la *matrix* capturar la sensibilidad y la cognición cuando sabemos que ambos son imposibles de mapear? pregunta Berardi. El *general intellect* posee un cuerpo –el cuerpo de los trabajadores cognitivos precarizados- sensible y sensitivo y es precisamente allí

donde reside el punto débil de la *matrix*. La sensibilidad en tanto exceso que no puede traducirse en algoritmo. Aunque el cuerpo sea olvidado, allí está siempre, detrás de la pantalla, palpitando.

*Intelectual, comerciante y guerrero*. Estas han sido, para Bifo, las figuras dominantes de la modernidad. El primero como portador de la inteligencia acumulada, de un conocimiento que multiplica la capacidad humana para producir cosas útiles y aumenta, potencialmente, la libertad en tanto permite reducir el tiempo de trabajo necesario para la producción. Sin embargo, advierte, ahí están el comerciante y el guerrero procurando convertir esa potencia en un instrumento de poder cristalizado en dinero o violencia. Así, “La ciencia se había incorporado a los automatismos de la tecnología, desprovista de la posibilidad de cambiar las finalidades que guiaron su operatividad funcional” (p. 211). La aplicación de ese conocimiento derivó en la creación de la tecnoesfera digital pero dicho potencial fue sometido a los automatismos técnicos del poder. El intelectual se convirtió, así, en un cognitario: trabajador cognitivo y proletario simultáneamente.

*Artista, ingeniero y economista*. Estas son las figuras de la escena contemporánea. El primero articula al poeta y al científico y encarna, según el autor, el exceso de conocimiento y lenguaje. Habla el lenguaje de la conjunción. El ingeniero, maestro de la tecnología, habla el lenguaje de la conexión. Y finalmente el economista cuya búsqueda procura someter la actividad de los otros dos a las reglas de la expansión del capital.

“La subjetivación” nombra a la tercera parte del libro e invita al lector a pensar no en el sujeto como unidad estática y dada sino en la subjetivación entendida como morfogénesis, esto es, como creación de formas. Y ya en las primeras líneas esboza una idea tan sugerente como inquietante: el *general intellect* se ha desconectado de su cuerpo. Hay, para Berardi, un desfase entre la potencialidad orgánica del cerebro y los efectos de la estimulación nerviosa del entorno que afecta tanto a los procesos cognitivos como a la afectividad. En este sentido, plantea que el origen de la relación significante-significado no es una operación sino que ocurre a partir del afecto. “El mundo es significativo porque ha sido permeado por la creación afectiva de sentido” (p. 259). ¿Qué sucede, entonces, cuando los niños pasan cada vez más tiempo frente a la pantalla? ¿Cuándo la adquisición del lenguaje pasa del ambiente afectivo del contacto físico al operacional de la máquina? El significado de las palabras se debilita y queda reducido a una función de significación operacional.

Formulando el interrogante que de alguna manera sobrevuela a lo largo de todo el libro Bifo se pregunta ¿Deberíamos resistir a la actual

mutación en curso? Su respuesta es no. No cree que sea posible y terminaría siendo una elección reaccionaria y tecnofóbica. Sin embargo, la pregunta resuena una y otra vez. La tarea político-cultural del futuro próximo, arriesga, no es la de negar o resistir la innovación tecnológica sino la de reavivar la intensidad de la sensibilidad corporal y desvincular la potencia del *general intellect* del aparato tecnoeconómico que responde a las necesidades del capitalismo absoluto.

Mientras que la comunicación social es limitada, el lenguaje no tiene límites y la poesía es el exceso del lenguaje, el significante desvinculado de los límites del significado. Imaginar posibles líneas de fuga implica considerar la singularidad de lo humano respecto del autómatas que reside en el inconsciente, en su ambigüedad, en su inconsecuencia.

¡Artistas y educadores del mundo, uníos!